

CATOLICISMO Y MARXISMO

Por MANUEL ESPINOZA ORELLANA

El pensador burgués, que refleja en el desarrollo de su pensamiento la influencia inmediata del sistema de valores económicos dentro del cual se desenvuelve, no podrá aceptar jamás la validez filosófica del marxismo. El ámbito intelectual de la Derecha se nutre en pleno siglo XX de los valores tradicionales de una cultura abstracta y especulativa.

Se ha hecho de esta cultura y de estos valores un instrumento de represión y de limitación del avance natural del espíritu renovador de las nuevas generaciones. Y este mundo conceptual gravita con tal magnitud sobre la conciencia de las capas más cultas de la clase media, que no es de extrañarse que las juventudes formadas en los planteles educacionales de enseñanza secundaria y superior expongan a modo de interpretación de su mundo histórico una base valorativa totalmente adscrita a las formulaciones tradicionales de una concepción cultural digerida a través de sus años de estudios.

Pero los grandes sectores populares del mundo van, lentamente en algunas regiones, y apresuradamente en otras, despertando de un largo sueño que los había mantenido atargados, casi indiferentes a su propia miseria y explotación. Poco a poco van adquiriendo conciencia de su realidad y su espíritu de clase surge del fondo de sus entrañas doloridas, para afirmarse en la protesta fecunda. Y sus apetencias de cambios substanciales y de transformaciones de las estructuras económicas de la sociedad, se ciernen amenazadoras sobre una clase social que, ubicada ya en el extremo final de su ciclo histórico, pretende todavía mantenerse en el poder, librando una lucha encarnizada, en la cual se sirve de todos los instrumentos tradicionales que durante siglos le han permitido amoldar la conciencia de las grandes mayorías adecuándolas al servicio de sus propios intereses. Uno de estos instrumentos, el más efectivo quizás, es la Iglesia católica.

Por ésto, no debe extrañarnos que el Congreso Mariano recientemente celebrado en Buenos Aires, como una de sus muchas conclusiones haya expresado que en la oposición planteada entre catolicismo y comunismo, sobre la concepción de Dios, del hombre y de la comunidad, "el marxismo define al

hombre por el trabajo y opina que la finalidad misma de la vida humana es la producción técnicamente perfecta, como si fuese el bien más noble, importante y único que el hombre puede alcanzar, supeditando por lo tanto a él todos los demás. En oposición, el cristianismo sostiene que el hombre es un ser eminentemente racional y contemplativo, cuyo fin último y supremo es el mismo Dios; verdad a la que llega por la razón en el orden natural y por la revelación en el sobrenatural. Enseña que todos los bienes espirituales y materiales se encuentran subordinados al orden moral y que éste, a su vez, se ordena a la contemplación de Dios como suprema norma". (1)

Pero si bien no nos extraña esta interpretación parcial de la filosofía marxista, debemos utilizar todos los medios a nuestro alcance para hacer resaltar el error premeditado y difundir la verdadera concepción de tan noble doctrina.

Es el marxismo, como teoría filosófica, un verdadero y genuino humanismo, por cuanto hace del hombre como ser social una finalidad en sí mismo. Afirma que el mundo material en que vivimos es la única posibilidad para el hombre. Que éste es primariamente un producto de la naturaleza, de la cual se separa mediante el conocimiento. En la misma medida en que el conocimiento le va dando el control de la naturaleza, permitiéndole transformarla, se transforma a sí mismo, independizándose de ella y adquiriendo la libertad, que es así el producto de una lucha dialéctica del hombre con su medio material.

El hombre como ser histórico es siempre el producto social de su propia época. Contrariamente a lo que afirman los pensadores burgueses, toda transformación de la sociedad produce transformaciones en la conciencia del hombre. El pensar es el producto del ser y, por lo tanto, las ideas son las imágenes de las cosas incorporadas a nuestra conciencia mediante la acción sobre ellas. Por la acción, el hombre transforma la naturaleza adecuándola a sus necesidades; la civilización y la cultura son así el producto de

1) Publicado en el diario "La Unión" de Valparaíso, de fecha 8 de diciembre de 1960, bajo el título de "Utopía comunista y Humanismo cristiano".

la acción del hombre sobre el mundo. Toda concepción teórica objetiva emerge de la actividad práctica.

El pensamiento metafísico puro, especulación abstracta que el pensador burgués extrae de sí mismo, como producto meramente subjetivo, sin ninguna vinculación con la realidad, impide todo conocimiento objetivo y concreto del mundo y de las relaciones del hombre con él; es una ocupación trascendente que tiende a apartar al hombre de los grandes problemas materiales que la existencia plantea. El pensamiento abstracto que al final deviene en teología, impone el camino de la esperanza en una vida futura extraterrena, en la cual espera la felicidad eterna. La Iglesia católica afirma los postulados de su doctrina en la metafísica idealista de los grandes pensadores burgueses contemporáneos. Sus afirmaciones extraterrenas o sobrenaturales acerca de la existencia de un Dios creador universal, han cogido de la metafísica neor aristotélica y neoplatónica las argumentaciones más sólidas para demostrar la explicación racional de la existencia de Dios.

Las doctrinas religiosas en general, y en especial la doctrina católica, son productos culturales necesarios, cuyo desarrollo ha sido impulsado por las minorías dirigentes de cada época histórica, como una manera efectiva de arraigar los sentimientos religiosos de las grandes mayorías, para poder controlarlas y someterlas a su voluntad. El sentimiento religioso, como todos los sentimientos del hombre, es un sentimiento social. Surge en el hombre como necesidad de valorar sus propias apetencias de idealidad. Es primero el temor ante los poderes desatados de la naturaleza que aún no puede controlar; y su conciencia del misterio de su propia vida interior que no llega a explicarse. Están los sueños que parecen demostrarle la existencia de un ámbito vital que le invade, independiente de su voluntad. Y luego, sus anhelos de cambio, de transformación, que van apareciendo lentamente, a medida que su conciencia se afirma con independencia de las cosas; a medida que se va extrayendo de su condición de ser pasivo, parte de la naturaleza, adscrito a ella como una cosa más entre las cosas; a medida que va imponiendo por la acción y el conocimiento, que es experiencia acumulada, un punto de diferencia consciente entre su ser y el ser del mundo; su apetencia constante, el estímulo poderoso de sus necesidades, le obligan a idealizar sus propias capacidades potenciales y se da a sí mismo los dioses, como un consuelo y como una aspiración. Los dioses son la garantía de

sus realizaciones; y también la imagen futura de sí mismo. Es por ésto que podemos decir que el sentimiento religioso es un sentimiento inmanente y no trascendente.

Pero llega un momento en la historia en que una minoría prepotente se apropia de los sentimientos religiosos de las grandes mayorías y los constituye en un cuerpo doctrinal independiente; los dota con un ritual y con una jerarquía sacerdotal encargada de interpretarlos. Y la conciencia del hombre se hunde en la superstición más espantosa; porque ya no es natural, no es principio rudimentario de conciencia, sino conciencia enajenada, cultivada, arraigada en la superstición y en el temor de los dioses.

¿Cómo puede ser el cristianismo católico un humanismo, si impide el libre desenvolvimiento de la personalidad humana? La aspiración más grande del hombre, según esa doctrina, es llegar a la contemplación de Dios. Es decir, que la vida entera del hombre no tiene otro valor que el de ser un medio para llegar a Dios. Y Dios en este caso no es el hombre, sino un ser superior, al cual todos estarían obligados como sus esclavos, pues le deben la existencia.

Al conocimiento de Dios se llega a través de la razón y de la revelación. ¿Qué entiende el pensador religioso, cuando habla de la razón? Que ésta es una facultad abstracta que le permite elaborar conceptos "a priori" acerca de muchas cosas. Entre ellas, esas entidades metafísicas como el alma, Dios, el espíritu. Y recurriendo a Descartes, dicen en una de sus argumentaciones, que Dios existe por cuanto el hombre tiene la idea de Dios; y el hombre no puede tener idea de algo que no exista. La revelación es cosa de fe y esperanza; luego, o se rechaza la afirmación rotundamente, o se acepta como una prueba de humildad ante el misterio de la revelación; la discusión en un terreno de tanta fantasía es poco menos que imposible.

De todas formas, con prueba o sin ella, los postulados de la religión cristiano-católica imponen al hombre una vida de servilismo y claudicaciones, impropia de un ser humano racional; y, por lo tanto, hay una enorme contradicción entre el concepto de humanismo y esta doctrina.

Para el marxista, humanismo significa tomar al hombre como finalidad en sí mismo; como promotor de la historia, que es ella el producto de su propia acción en el mundo. Para el catolicismo, el humanismo consiste en hacer del hombre un esclavo de Dios, un servidor incondicional de los designios de la trascendencia divina. Mientras tanto, una mi-

noria privilegiada detenta el poder temporal y obtiene el halago de una vida material sin inquietudes, mientras la gran mayoría de los creyentes vive en condiciones materiales subhumanas, pensando en la recompensa divina, de una vida eterna en el reino de Dios. Y ésto borraré sus años de hambre, de miserias, de enfermedades, de ignorancia.

El humanismo marxista proclama la libertad material del hombre como única manera de conseguir su felicidad en esta vida terrenal, que es su única posibilidad. El libre acceso a la cultura y a la recreación espiritual está determinado por la solución de sus problemas materiales.

La libertad se conquista histórica y socialmente como producto de la acción del hombre sobre la naturaleza. Todo acto que el hombre desarrolle en el mundo, tendiente

a liberarse colectivamente de sus opresores materiales, es un acto de humanidad.

El humanismo marxista proclama, además, que no existen los valores individuales aislados, por cuanto el hombre se realiza en la sociedad, y, como producto de ella, en todo momento está reflejando el origen de su naturaleza, por ser el resultado de sus relaciones sociales.

La posibilidad del humanismo marxista sólo puede darse en una sociedad organizada sobre la base de un régimen de economía socialista. Pues la justa distribución de la riqueza es el fundamento elemental del que puede fluir la libre disposición espiritual de los individuos hacia todas las expresiones de la cultura y del arte, que enriquecen al hombre y le dan la estatura de su verdadera significación humana.

La libertad se aprende como cualquiera otra cosa: si esclavizáis la razón al dogma, ¿qué libertad queréis tener sin razón, sino la libertad de esclavizaros? Sólo les queda la forma, la momia del cristianismo. El Cristo vuela con los suyos a la ciudad divina de la inteligencia; el católico queda de rodillas ante el sepulcro blanqueado. El católico ama esas palabras acomodaticias, misterio, gracia, revelación, con las cuales disimula, cohonesto y consagra su ignorancia, el hábito de su indolencia y de su inercia interior y le libran de la enorme carga de darse cuenta a sí mismo de sí mismo, de gobernarse como ser inteligente y libre.

JENARO ABASOLO